

ras civiles; su salud, por lo tanto, exige que se debilite el poder español. Basta que la Francia tome la iniciativa del rompimiento, para que todos los Estados de la cristiandad que viven por efecto del contrapeso y que miran con recelo el engrandecimiento de España se alcen contra la ambición desmedida de la Casa de Austria. Pero esos varoniles consejos no fueron escuchados, y Enrique III, como dice uno de sus embajadores, rechazó la más brillante herencia que ha podido ofrecerse a un príncipe (1).

Una cosa sorprende casi tanto como la repulsa de Enrique III: es la longanimidad de Felipe II frente de las hostilidades incesantes de la Francia. Aquél no dejó de socorrer a los insurrectos de los Países-Bajos, autorizando a su hermano para ponerse a su frente y haciendo por bajo de cuerda lo que no se atrevía a hacer abiertamente. Y Felipe permaneció impasible en presencia de tantas provocaciones. De ello se admiraba y se lamentaba el cardenal Granvela: "Yo no sé, decía, lo que se puede llamar un rompimiento si no lo es lo que los Franceses hacen... Valiera más la guerra abierta que dejarse engañar por palabras, aguantando el mal sin poderlo devolver. El emperador no lo considera así; y cediendo siempre a nuestros enemigos, aumentamos su insolencia," (2). ¿No es bien singular oír a los Españoles acusar la debilidad de su rey en sus relaciones con un príncipe tan miserable como Enrique III? Y el hecho es que Felipe II no dejaba de ser activo; pero prefería la guerra de intrigas a la de los campos de batalla, y en aquella lucha era él el que había tomado la delantera a la Inglaterra y a la Francia; de lo que podría acusarse era más bien de una ambición excesiva que de indolencia y apatía: conquistaba el Portugal, combatía a los rebeldes de los Países-Bajos, se complotaba con los católicos ingleses en contra de Isabel y tenía a sueldo la liga. Pero no se ganan reinos por medio de conjuraciones. Felipe II se vió al fin obligado a desenvainar la espada; pero la guerra no le produjo mejor resultado que la diplomacia: Enrique IV y la reina de Inglaterra eran enemigos superiores a él, no en fuerza material, pero tenían a su favor principios é

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, serie 2.ª, t. I, XXV y L.

(2) Cartas del cardenal Granvela, en GROEN VAN PRINSTERER, t. VIII, p. 111 y sig., 56, 83.

ideas contra los cuales se lucha en vano, principios que Dios protege, el espíritu de nacionalidad y la libertad religiosa. Hé ahí los verdaderos adversarios ante los cuales sucumbió el rey de España. La revolución de los Países-Bajos reunía las dos tendencias: fueron los mendigos, nuestros heroicos antepasados, los que rompieron el formidable cetro de Felipe. De una parte estaban todas las fuerzas de un inmenso imperio; de otra parte, la desunión y la debilidad; pero los débiles tenían a su favor el espíritu de libertad, y los fuertes no tenían más que la unidad del despotismo; los débiles triunfaron de los fuertes; y para que su victoria fuese más brillante, se vieron abandonados ó débilmente socorridos por aquellos mismos que tenían el deber de prestarles apoyo: sola la libertad fué la que venció la tiranía religiosa y política encarnadas en Felipe II.

§ III.—Isabel, Enrique IV y Felipe II.

N.º 1.—Isabel, Enrique IV y la Reforma.

I.

Felipe II fué el jefe armado del catolicismo; sus naturales adversarios tenían que ser los reyes que habían abrazado la Reforma. Entre éstos figura en primera línea la reina de Inglaterra. Su ilustre contemporáneo, Guillermo de Orange, dice "que estaba por cima de todos los príncipes como defensora de la verdadera religión," (1). Los historiadores modernos han repetido incesantemente esa frase: "Isabel opuso a la liga católica que se formaba en el continente para la restauración de la Iglesia una liga protestante, a la cabeza de la cual se colocó audazmente; y en todas partes donde Felipe II quiso restablecer la antigua creencia, se impuso Isabel la misión de sostener la nueva; pensionó a los príncipes luteranos de Alemania, sostuvo a los lores de la congregación en Escocia, alentó a los hugonotes armados en Francia y auxilió a los rebeldes protestantes de los Países-Bajos; y más hábil ó más feliz que Felipe, hizo triunfar el protestantismo en Inglaterra, en Escocia, en Holanda, é impidió que sucumbiera en Francia," (2).

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, tomo VIII, p. 375.

(2) MIGNET, *María Stuart*, c. VIII, IX y XII.—HEEREN, *Historische Schriften*, t. I, p. 141.

Isabel, la más vana de todas las mujeres, era ávida de lisonjas, y los cortesanos no se las economizaron mientras vivió; pero no parece sino que los historiadores quieren continuar la misma tarea después de su muerte, atribuyéndola el mérito de una política generosa, que no estaba en sus sentimientos, y el de resultados que fueron debidos al poder de la Reforma y a los heroicos esfuerzos de sus verdaderos defensores. La protección al protestantismo era casi una cuestión de vida para Isabel: declarada hija bastarda por el soberano pontífice, incapacitada para reinar, y teniendo, además, dentro de su reino una reina católica tenida como heredera legítima del trono por los católicos, aquélla no tenía más tabla de salvación que la de abrazar la Reforma; y no le bastaba sostenerla en Inglaterra, necesitaba sostenerla en el continente; porque si aquí sucumbía, su ruina era indudable en las Islas Británicas, y con la Reforma caía la reina. Ligada de tal modo la suerte de Isabel con la del protestantismo, ¿qué cosa más natural que la de que se colocase a la cabeza de la revolución religiosa, hasta vencer ó morir?

Eso no obstante, falta mucho para que la reina de Inglaterra tomase aquel partido con la decisión que le atribuyen los historiadores en són de elogio. No había persona de menos resolución que la altiva Isabel; siempre indecisa, lo estaba, sobre todo, cuando se trataba de comprometerse a un gran gasto; esto lo dijeron sus contemporáneos en voz baja (1), y alguno de sus ministros se atrevió a decirselo a su vanidosa señora (2). Nosotros opondremos las confidencias íntimas a las lisonjas públicas, y aquellas nos demostrarán que la reina no intervino en favor de los protestantes de Escocia sino con grandísima repugnancia (3). En esas mismas confidencias leemos quejas amargas por el abandono de los hugonotes (4) y por su indiferencia respecto a los Países Bajos (5). Isabel no otorgaba los

(1) Carta de Andrés Christiani al conde Juan de Nassau, 1580 (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VII, p. 217).

(2) WALSINGHAM escribía en 1578 a Isabel: «Suplico muy respetuosamente a V. M. me permita decirle que aquí se os censura públicamente de que os cuesta trabajo el gastar, aún cuando se trata de vuestra propia seguridad» (*Cartas y memorias*, p. 450).

(3) Carta de Cecil a la reina Isabel (WRIGHT, *The queen Elizabeth*, t. I, p. 24).

(4) DUPLESSIS MORNAY escribía a Walsingham en 1576: «Desde el año 70 acá, la reina no ha gastado un céntimo con los hugonotes» (*Memorias*, t. I, p. 179).

(5) En 1579, Brunynck, secretario del príncipe de Orange, le escribía: «Los representantes de los Estados se han vuelto sin

socorros que se la pedían, pero tampoco los negaba; ó si los rehusaba un día, al siguiente daba esperanzas de concederlos. ¿Cuál era la razón de esas vacilaciones que desesperaban al príncipe de Orange? (1). Se ha supuesto que la reina tenía escrúpulos religiosos, que detestaba a los puritanos tanto como a los católicos; de ahí proviene, se ha dicho, su repugnancia a tomar partido en favor de los calvinistas de Holanda y de Francia. Esos escrúpulos, si es que existían, más bien que religiosos eran políticos, porque, en hecho de verdad, la hija de Enrique VIII no veía en la religión más que una cuestión de soberanía: despótica por naturaleza, se preocupaba de la obediencia de los súbditos más que de todos los dogmas, y ella misma decía que no sabía cómo había podido proteger a rebeldes (2). Isabel tenía otros temores que la contenían. Háse celebrado el valeroso aliento de una mujer que osó afrontar a Felipe II (3). Pero la verdad es que temía al rey de España, y que hizo cuanto pudo para mantenerse con él en paz; cerraba por decirlo así, los ojos a la luz para no ver el peligro que la amenazaba. Si la armada invencible hubiese podido desembarcar, los antiguos tercios de Alejandro Farnesio hubieran encontrado la Inglaterra sin defensa. Isabel no se atrevía a socorrer a los rebeldes por temor de romper con la España. Esa política prudente tenía sus peligros: desesperados los Belgas, ¿no podrían echarse en brazos de la Francia? Pues la reina, por rivalidad nacional, temía aún más ver los Países-Bajos en manos de los Franceses que en las de los Españoles (4); y, en efecto, si la antigua rival de Inglaterra se hubiera visto en posesión de las plazas marítimas de Flándes y de Holanda, ¿qué hubiera sido del comercio de los ingleses? ¿Qué de su predominio en el canal de la Mancha? (5). Por otra parte, la victoria definitiva del rey de España no era menos

obtener nada y no debemos esperar cosa alguna de la reina» (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. V, p. 565).

(1) Carta del príncipe de Orange al conde Juan de Nassau, 1575 (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. V, p. 334).

(2) CAMDEN, *Annales*, ad a. 1575, p. 267.

(3) CAMDEN, *Annales*, ad a. 1575, p. 412: «Belgarum patriocinium palam suscipit, orbis christiani principibus masculam in muliere fortitudinem demirantibus, quæ potentissimo monarchæ quasi bellum denunciare ausa.»

(4) «Si la reina no quiere la vecindad de los Españoles, dice el enviado veneciano LIPPOMANO (1577), todavía gusta menos de la de los Franceses, enemigos natos y rivales de Inglaterra» (TOMASEO, *Relaciones de los embajadores venecianos*, t. II, página 422).

(5) Carta de Burleigh a Walsingham (WALSINGHAM, *Cartas y memorias*, p. 247).

peligrosa para Isabel, puesto que de Ambéres y de Flesinga á Londres el trayecto era corto.

Tales eran las alternativas que aumentaban la irresolucion natural de la reina, y de ella resultó una política sin iniciativa y sin grandeza. Isabel rehusó la soberanía de los Países-Bajos, que la ofrecieron los rebeldes; mas para no desesperarlos, acompañó su negativa con promesas de auxilios (1). Sus ministros la impulsaban á que hiciera abiertamente lo mismo que hacía por bajo de cuerda y con mezquindad. Walsingham escribe en 1572: "Si Dios no nos hubiese deparado al príncipe de Orange para dar ocupacion á España, hace tiempo que hubiera estallado entre nosotros un peligroso incendio; de consiguiente, el auxiliarle es prestar-nos auxilios á nosotros mismos, puesto que hemos de correr la misma fortuna que él. Toda la diferencia está en que si le abandonamos, los primeros males caerán sobre él, pero vendrán en seguida sobre todos los que profesamos la misma religion. Las potencias católicas no vacilan en declararse, y con ello demuestran que tienen celo y valor. Nosotros, por el contrario, todo lo hacemos ocultamente, y demostramos con ello que no tenemos ni celo ni valor. Jamas ha salido bien empresa alguna en la que haya entrado el temor, porque nada hay más contrario á la prudencia que el miedo," (2).

Walsingham era el órgano de la opinion pública (3); y al pronunciarse contra la política del miedo, tocaba precisamente en la parte débil de Isabel. Esta reina lo temía todo: temía á don Juan, gobernador de los Países-Bajos, porque el vencedor de Lepanto tenía pretensiones á la mano de María Stuardo y al trono de Inglaterra; temía al duque de Anjou, creyendo que era el instrumento de la ambicion francesa; por una parte, no quería que los Belgas trataran sin ella, "que era su único defensor," (4). Y de otra parte, no hacía nada por su independencia. En 1579 decía á los estados generales: "El duque de Anjou nos ha asegurado siempre que no tenía otro fin que el de sostener vuestros privilegios y libertades, bajo la obediencia debida á nuestro señor y príncipe natural, y

(1) CAMBLEN, *Annales*, p. 267.—DE THOU, *Hist. universal*, libro LX.

(2) WALSINGHAM, *Cartas y negociaciones*, p. 264.

(3) Véanse las pruebas en GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, tomo VI, p. 409; t. VII, p. 399, nota 5.

(4) Véanse las pruebas en GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, tomo VI, p. 406-408.

conservar el derecho íntegro de la Casa de Borgoña sin la menor disminucion en perjuicio del rey nuestro señor, sin cuyo testimonio y protesta jamas hubiéramos consentido que se hubiera empeñado en la accion de vuestra defensa," (1). No atreviéndose á aceptar la soberanía de los Países-Bajos, y recelando que la Francia se apoderase de ella, la reina se vió obligada á tratar con la España para obtener condiciones favorables á los rebeldes: quería la paz cuando Felipe II mostraba disposiciones pacíficas, y entonces amenazaba á los rebeldes con abandonarles. ¡Pero qué más! Isabel, á quien tanto se ha elogiado como campeón del protestantismo, estuvo más de una vez á punto de unirse á Españoles para reprimir la insurreccion! (2).

Isabel acabó al fin por tratar con los insurrectos; pero ¿fué para salvar la libertad? ¿Fué para defender el protestantismo? Sus más fieles agentes nos dirán los motivos de su intervencion. Uno de ellos escribe que la Inglaterra tenía interes en socorrer á los Belgas, primero, por su propia seguridad; despues, porque podría ocupar algun puerto como Flesinga ó Middelburgo; y, por último, dice, la importa alejar á los Franceses, "de los cuales hemos sido siempre, y aún somos, rivales," (3). Otro escribe que la Inglaterra no es capaz de defenderse contra todos sus enemigos, "y que debe servirse de los insurrectos como de un estudo para parar los golpes que se la dirigen," (4). Alimentar las turbulencias entre el enemigo, dice un tercero, es el mejor medio de tener paz dentro de casa (5). Segun se ve, ni una palabra de libertad, ni una palabra de religion; cálculo y nada más que cálculo; ventajas políticas y proyectos comerciales... Hé ahí los motivos que determinan á la reina de Inglaterra á tomar la defensa de los Belgas.

Y todavía no hemos dicho todos los circunloquios de la política de Isabel, la cual, al mismo tiempo que trataba con sus súbditos rebeldes, se

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, tomo VI, p. 534.

(2) DE THOU, *Hist. universal*, lib. LXIII.—BORNET, *Felipe II y la Bélgica*, p. 143 y nota 2.—LIPPOMANO, *Relazione*, en TOMASEO, *Relaciones de los embajadores venecianos*, t. II, p. 370.

(3) Th. Cotton, carta á lord BURGHLEY, 1572 (WRIGHT, *Queen Elizabeth*, t. I, p. 435).

(4) Carta de sir Paulet al conde de Leicester, 1577 (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VI, p. 239).

(5) WALSINGHAM, carta á Leicester (*Cartas y negociaciones de Walsingham*, p. 144).—Vida de DUPLESSIS MORNAY, pág. 43: «A la reina Isabel la gustaba mucho sostener la guerra entre sus vecinos para conservar su paz.»

defendía, como de una calumnia, del cargo que se la hacía de sostener la rebelion. La reina escribe á Felipe II para persuadirle que entraba en los intereses de la dominacion española el que ella diera socorro á los insurrectos: "Le recuerda los incesantes esfuerzos que ha hecho para mantenerlos en la obediencia; que si les ha otorgado subsidios, ha sido para estorbar que se echasen en brazos de la Francia; hace valer el haber rehusado la soberanía que la ofrecían, y hasta el protectorado que insistían en concederla, habiendo llegado hasta á amenazarles para obligarles á que se entendieran con su rey y señor. Que todos los príncipes, que Felipe II mismo, juzguen si no es esa una conducta digna de una reina cristiana y si no ha merecido bien de su aliado el rey de España. Que aún entonces mismo, al tratar con los Belgas, ha exigido de ellos la promesa de que permanecerían fieles al rey y no innovarian nada en materia de religion," (1).

Se preguntará: ¿á quién engañaba la reina, á los Belgas ó á Felipe II, ó engañaba á todo el mundo? Lo cierto es que por ningún concepto quería que los Países-Bajos se unieran á la Francia; y en este punto era aliada de Felipe, porque tenía el mismo interes que él. Pero tambien es cierto que no quería el triunfo del rey de España, porque si le hubiese querido se hubiera aliado á él contra sus súbditos rebeldes. Despues de todo, es dudoso que ella quisiera la independenciam de los Países-Bajos, porque, no obstante su alianza, nunca los ayudó de una manera resuelta y generosa. Los insurrectos se desesperaban con sus lentitudes y su tacañería (2). Hasta cuando aceptó el protectorado de la naciente república se quejó ésta "del natural frio y calmoso de la reina y de su gran tesoro," (3). Cuando Felipe II lanzó contra Isabel la armada invencible, ya no la quedó pretexto alguno; y hallándose en guerra abierta con España, no pudo ménos de socorrer á los Países-Bajos. Sin embargo, el conde Guillermo de Nassau escribe en 1593 "que la reina continuaba, segun costumbre, escatimando sus recursos," (4). ¿Cuáles eran,

(1) CAMBLEN, *Annales*, ad a. 1577, p. 283 y siguientes.

(2) VILLIERS, el confidente del príncipe de Orange, le escribe en 1580: «Quizás hemos esperado demasiado tiempo en sus auxilios» (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VII, p. 272).

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, 1587, serie 2.ª, t. I, p. 75.

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, 1587, serie 2.ª, t. I, p. 215.

pues, los nuevos escrúpulos de Isabel? Temía el poder naciente de la república, la rivalidad de su comercio y el peligro de una alianza posible entre las Provincias-Unidas y la Francia. Hé aquí por qué aplaudió la cesion que hizo Felipe II de los Países-Bajos españoles á la infanta Isabel: aquella era una barrera para la ambicion de la república, al mismo tiempo que para la de Francia; era la reconstitucion de la Borgoña sin el peligro del poderío español.

Tal fué la política de Isabel en los Países-Bajos, política tímida, interesada y sin grandezas. Tal fué tambien su grandeza con respecto á los hugonotes y á Enrique IV.

II.

En 1562, la reina de Inglaterra concluyó el tratado de Hamptoncourt con los hugonotes; y en una declaracion solemne dirigida al gobierno frances dice "que los súbditos del rey le enviaban continuas y lamentables quejas para suplicarla que los protegiera, á ellos, sus villas, puertos y ciudades, de la opresion y tiranía de los Guisas, y que había hecho justicia á sus demandas en interes de la verdadera religion, que los Guisas querían destruir por fuerza, provocando en todas partes la guerra civil; y que tenía la seguridad de que era agradable á Dios el evitar que se derramara sangre cristiana," (1). Hé aquí á primera vista á Isabel desempeñando su papel natural de defensora de la Reforma; pero aquel no era más que un papel. El tratado de Hamptoncourt estipulaba que el Havre de Gracia sería entregado á la reina, y que le conservaría como rehenes hasta la devolucion de Calais, que se le había prometido por la paz de Cateau-Cambresis. Esa condicion pareció tan dura á los hugonotes, que el príncipe de Condé vaciló largo tiempo antes de ejecutarla y sólo cedió ante la presion de la necesidad (2). Otra de las razones que inclinaron á Isabel á dar auxilio á los hugonotes fué la hostilidad de los Guisas, que, aliados de María Stuardo, habían hecho que su sobrina tomase el título de reina de Inglaterra. Era, en efecto, María Stuardo la que pasaba á los ojos del mundo católico por legítima heredera del trono, usurpado

(1) Protesta de la reina de Inglaterra, en las *Memorias de Condé*, t. III, p. 699-701.

(2) WRIGHT, *Queen Elizabeth*, t. I, p. 93, 99.

por la hija bastarda de Enrique VIII. Esas pretensiones comprometían la vida misma de Isabel, y esos eran los verdaderos motivos por los que intervino en favor de los hugonotes, como nos lo dice Cecil, su prudente ministro (1). Esto no impidió el que la reina protestara que no tomaba las armas por interés personal, sino por utilidad del joven rey que, por razón de su edad, no podía proteger á sus súbditos contra la tiranía de los Guisas (2).

¡Hé aquí el amor desinteresado de Isabel al Evangelio! Los agentes de Condé le habían pedido un subsidio de 300.000 coronas que ella redujo á 100.000, y aún costó gran trabajo el arrancárselas, siendo necesarios los clamores sediciosos de los auxiliares alemanes, los ruegos de Coligny y las instancias de sus propios ministros para decidirla á soltar sus queridos escudos (3). Cuando se hizo la paz, los hugonotes ayudaron al rey á echar del Havre á los Ingleses; y este desastre hizo á Isabel todavía más reservada y más parsimoniosa, no volviendo ya á dar socorro á los reformados más que por bajo de cuerda y empleando la misma doblez con el rey de Francia que con Felipe II. Cuando los embajadores franceses se quejaban del apoyo que daba á súbditos rebeldes, negábalo la reina audazmente, y decía que eran particulares los que, impulsados por su celo religioso, equipaban buques destinados á los hugonotes; y llevaba la hipocresía hasta el punto de felicitar á su hermano el rey de Francia por las victorias que ganaba en sus guerras de religión. Mientras que representaba esta comedia en público, su consejo deliberaba si se declarararía ó no la guerra á Francia; y Burleigh la hizo decidir que se mantendría la paz, sin perjuicio de que la reina prestara á los hugonotes el apoyo de su autoridad "con palabras ó con otros medios." El rey de Francia estaba informado por su embajador de cuanto pasaba en Londres: "Los Ingleses, decía Fenelon, esperaban alguna coyuntura favorable para comenzar la guerra; y si los asuntos del rey fuesen mal, la mala voluntad que tienen á la Francia los haría encontrar pronto aquella coyuntura," (4). No cabe duda alguna de los sen-

(1) Cecil alega estas dos razones: «One to stay the duke of Guise, as our sworn enemy, from his singular superiority, th'other to procure us the restitution of Callice, or some thing to countervale it.»

(2) *Memorias de Condé*, t. III, p. 695, 699, 700.

(3) LINGARD, *His., de Inglaterra*, t. VII, p. 478.

(4) *Corresp. de LA MOTHE FENELON*, t. I, p. 35, 46, 47, 48.

timientos hostiles de Isabel; pero ni quería la guerra con Francia ni con España; prefería perturbar el reino por bajo de cuerda y protestar "que estaba pidiendo á Dios diera al rey pronto y feliz éxito contra sus súbditos rebeldes;" hasta se atrevió á añadir, "que gravaría su conciencia perjudicándole, y que Dios podría justamente castigarla con aquello mismo con que le hubiera ofendido," (1).

Había en el consejo de la reina hombres verdaderamente celosos que la pedían que se declarase abiertamente en defensa de la religión, pero Isabel rehusó siempre empeñarse en una guerra y no se ruborizó de hacer de ello un mérito para con el rey de Francia, rechazando como un ultraje el pensamiento de alimentar la discordia en sus Estados, y añadiendo "que semejantes prácticas no convenían ni á su honor ni á su conciencia," (2). Su conciencia estaba tranquila porque eludía el tomar partido públicamente por los hugonotes. Pero como acontece de ordinario á los que siguen una política de engaños, la sucedió el descontentar á todo el mundo: el rey de Francia la decía que, enviando socorros á súbditos rebeldes, le hacía la guerra sin declarársela; y los hugonotes se quejaban amargamente de la indiferencia de la reina. *Duplessis Mornay* dice en una memoria dirigida á Walsingham "que Isabel había abandonado á los hugonotes en sus mayores apuros, quedando ella en ridículo y en descubierto para con sus enemigos," "Se dice, sin embargo, á la reina, añade el rudo calvinista, que ha hecho maravillas, y se nos acusa de ingratitud; pero bien puede acordarse que desde el año setenta no ha gastado con nosotros un céntimo, y aún lo que hizo el año 1569 fué mediante ciertos reembolsos," (3). ¡De esta manera protegía la Reforma la gran reina, prestando á los hugonotes sobre prendas!

III.

Un personaje más notable va á aparecer en la escena. Con la franqueza y la elevación que caracterizan al genio francés declara Enrique IV que el debate planteado lo está entre el catolicismo y la Reforma, pero que la lucha religiosa encubre

(1) *Corresp. de LA MOTHE FENELON*, t. I, p. 62.

(2) *Corresp. de LA MOTHE FENELON*, t. I, p. 217-251; t. II, página 240.

(3) DUPLESSIS MORNAY, *Cartas y memorias*, t. II, p. 240.

una ambición política tan grande y tan funesta como la de la Iglesia romana, y escribe á Isabel: "La alianza de Felipe II y del papa tiende á restablecer la autoridad de Roma en todos los Estados cristianos; y el rey de España, que desde hace mucho tiempo sueña con la monarquía universal de la cristiandad, quiere llegar á la cumbre de la grandeza que se ha prometido, so pretexto de restablecer al papa y á la Iglesia en el seno de su autoridad," (1). Tan graves intereses, puesto que se trata de la libertad religiosa y de la independencia de las naciones, se debaten actualmente en Francia, continúa Enrique IV: "la Francia es el teatro donde se representa la tragedia; la liga está auxiliada con el oro de España, y los efectos de la alianza del papa y de los príncipes y Estados adheridos á él nos alcanzarán primero, para acabar, si Dios lo permite, con todos los demás. Todos los príncipes cristianos deben tener interés en la contienda; y no querrán permanecer espectadores ociosos de acontecimientos cuyos resultados han de afectarles, aunque las primeras consecuencias y los primeros peligros hayan de herirnos á nosotros muy particularmente. El único medio de evitarlo es el de que invitemos á todos á unirnos estrechamente en un haz, y que nos mostremos tan acordes y unidos en interés común como lo están para nuestra ruina el papa, el rey de España, y los suyos." El heroico guerrero añade "que se propone ser el capitán general contra el enemigo común," (2).

Hé ahí los altivos pensamientos y el fiero lenguaje con que Enrique IV se dirige á la reina de Inglaterra, desempeñando audazmente el papel que los historiadores han atribuido gratuitamente á la vanidosa Isabel. ¿Qué diferencia entre la política del rey de Navarra y la de su poderosa aliada! El uno y el otro estaban igualmente interesados en combatir al catolicismo y á Felipe II; pero Enrique ve las cosas desde lo alto con vista de águila, y no separa su causa de la causa general, mientras que Isabel no ve nunca más que su interés particular, interés del momento que nunca sabe armonizar con el porvenir; política egoísta y mezquina que vive al día, sin preocuparse de los destinos de

(1) *Colección de las letras misivas de Enrique IV*, publicada por BERGER DE XIVREY, t. II, p. 32.

(2) Cartas de Enrique IV á Isabel (1585) (*Colección*, t. II, página 52; al rey de Escocia (*Id.*, II, 57).

la religión y de la humanidad. ¿Qué acogida tuvieron en Londres las cartas de Enrique IV? Dejemos hablar á su embajador, el conde de Segur, el cual escribe á un ministro de Isabel lo siguiente: "Jamás hubiese creído que las bellas palabras y las grandes promesas estuviesen tan baratas como están en vuestros mercados, ni quería creer que se cuidase tan poco de cumplirlas... No sé para qué sirve á la reina, vuestra soberana, el publicar por toda la cristiandad que mira tanto por el rey de Navarra y que le quiere auxiliar, exhortando á todos y cada uno á que lo hagan, mientras que es la primera que nos niega aquello que Dios la da con abundancia y que nos ha prometido tantas veces; cuánto mejor fuera que no hubiera hecho tantas demostraciones si no tenía ánimo de auxiliarnos... Después de haber estado tres meses en Inglaterra no he traído de allí más que palabras sin efecto," (1). El analista inglés *Cambden* nos dice que Isabel envió embajadores á Dinamarca, á Escocia y á Alemania para unir á los protestantes contra los católicos (2); pero á ella, que se envanecía de ser la defensora de la Reforma, era á la que correspondía dar el ejemplo en vez de ser pródiga de palabras. Esas vanas negociaciones tenían que fracasar, y, á decir verdad, la reina de Inglaterra se cuidaba muy poco de hacer á Enrique IV el capitán general de la liga protestante; la rivalidad nacional apenas la permitió otorgarle algunos débiles auxilios, que fué preciso arrancarle con importunidad, y que rehusaba de ordinario por un capricho femenino (3).

Al mismo tiempo que Enrique IV se dirigía á Isabel enviaba emisarios á los príncipes protestantes de Alemania, en los que tenía más fe que en la reina de Inglaterra, pero ningún espíritu político. Se puso sobre el tapete la idea de quitar la corona imperial á la Casa de Austria, que amenazaba "tragarse á la cristiandad," con gran peligro de la fe protestante. Los amigos de Enrique IV se

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, serie 2.ª, t. I, p. 32.

(2) CAMBDEN, *Annales*, ad a. 1585, p. 400, 401.

(3) En 1592, Enrique IV sitiaba á Rouen; el duque de Parma se aproximaba con sus aguerridos tercios para obligarle á levantar el sitio; el rey pidió con instancias 4000 hombres á Isabel, que se los negó obstinadamente, contra la opinión de su consejo. ¿Cuál fué el motivo? El que su favorito, el conde de Essex, que mandaba las tropas auxiliares, no quería regresar, y la reina temía que si le enviaba más fuerzas, el conde, complacido con los refuerzos, se obstinase en permanecer en campaña. En estos mismos términos lo decía el embajador francés (DUPLESSIS MORNAY, *Cartas y memorias*, t. V, p. 174).